

Liber Silentii

La lluvia martilleaba con furia las tiendas, dejando caer la ira de los cielos sobre el improvisado campamento, ahogando las quejas de los heridos. Los dioses mostraban su descontento o su favor, tal distinción no era fácil de hacer sobre los restos del campo de batalla. Los exhaustos legionarios se recuperaban de la cruenta lucha y su líder descansaba en su tienda. El tribuno Lucio Cayo Licinio reprimió un respingo mientras su esclavo Demetrio repasaba los vendajes aplicados sobre el torso desnudo de su amo. Éste contemplaba con curiosidad y cólera a los cuatro prisioneros que se encontraban ante él, los únicos supervivientes de la escaramuza que había asegurado la paz y continuidad de Roma. El hecho de que la lucha tuviera lugar en un perdido asentamiento de la zona levantina de la recientemente conquistada provincia de Hispania, dos años después de que la misma se hubiera considerado pacificada, parecía quitar importancia al asunto. Pero tanto el cansado y herido tribuno como su fiel esclavo comprendían perfectamente las implicaciones y relevancia de sus actos.

Aquellos prisioneros eran los últimos supervivientes de un culto que incluso los nativos iberos y celtas consideraban prohibido, una secta centrada en la adoración de las tormentas como elemento destructivo. Pero esto no era lo que preocupaba a Cayo Licinio. Lo que realmente le hacía estremecerse y despertar por las noches nervioso y empapado en sudor frío eran las profundas y arraigadas creencias de esta secta. Idolatraban a una deidad blasfema que moraba más allá de lo conocido y que se manifestaba como un halcón volando entre tempestades y a través de las más aterradoras pesadillas. Su culto perseguía la aniquilación e inmolación de todo, inclusive la del propio individuo, sacrificando para ello su cordura, su carne y su sangre a su dios. Lo que le hacía estremecerse al tribuno era la fanática convicción de los sectarios por entregar por propia voluntad su ser, tanto físico como mental a través de sus blasfemos y repulsivos rituales.

Desde que Lucio Cayo Licinio se incorporó a la campaña de conquista de Hispania, había estado dirigiendo las operaciones de pacificación y eliminación de elementos subversivos, tanto militares como religiosos. Había realizado su labor con eficiencia y dedicación, pero todo cambió al hallar el Culto de las Tormentas. Los miembros de esta secta se movían con gran discreción, aún entre los suyos, guardando un secretismo casi absoluto sobre sus identidades y lugares de reunión. Había pasado cinco interminables años de duro trabajo, destruyendo la secta al tiempo que aprendía sobre ella. Pero a medida que avanzaba su investigación y averiguaba más, aumentaba la

repugnancia que sentía por el Culto de las Tormentas. Sin embargo, a su pesar, iba desarrollando un creciente interés por el mismo y la cosmología en que basaba sus creencias. No aceptaba su credo y métodos, pero aquella religión blasfema se iba convirtiendo, con el paso del tiempo, en el eje en torno al cual giraba su vida. Por más que deseaba alejarse de ésta tarea, no podía abandonar su trabajo a medias, lo que le obligaba a adentrarse más y más en la oscura teología de la secta.

Pero finalmente su trabajo llegaba a su conclusión. Aquella batalla, de cuyas heridas se estaba recuperando, había servido para acabar con el último reducto del abominable culto. Tan sólo quedaba vivo el sumo sacerdote. Cuando Demetrio acabó de repasar los vendajes de su amo, anticipándose a sus deseos, le sirvió una copa de vino. En la boca del tribuno la bebida se mezcló con el sabor de la sangre, pero la apuró de un trago y arrojó el cáliz al suelo. Finalmente podría dar por concluido aquello. Miró a los ojos al sumo sacerdote para iniciar el interrogatorio, y vio la locura. Aquel hombre estaba completamente desquiciado, pero una férrea voluntad, dominada por las pesadas cadenas de la obsesión, le hacía permanecer en actitud servil. Pese a todo su rostro era desafiante, sonriendo como si supiera algo que Cayo Licinio desconociera. Por fin, tras unos interminables segundos, comenzó el interrogatorio:

-Sé quién eres -comenzó a hablar el tribuno-, sé qué guardáis aquí y mis hombres no tardaran en encontrarlo, si es que se calma de una vez esta maldita lluvia. Sólo necesito saber una cosa. Algo que habéis guardado en secreto incluso a vuestros fieles... Quiero saber el nombre verdadero de vuestro dios. Ante los miembros de vuestro culto lo llamáis Guardián de la Oscura Tormenta, pero quiero su auténtico nombre.

El sacerdote rió y el fanatismo desfiguró su rostro en una horrible mueca.

-Tú, sin saberlo, te has convertido en un siervo de nuestro amo, en su profeta. Has purgado su culto y escrito sus palabras y enseñanzas. Nuestro papel en este mundo ha acabado, tú nos has permitido cumplir los planes de nuestro señor. *Pkaurodlos* es su verdadero nombre. Escríbelo así en tu *Liber Silentii*, tu *Libro de los Silencios*, pues lo que allí has recogido podría enloquecer a alguien menos capaz y será mantenido en secreto hasta que el Guardián de la Oscura Tormenta así lo dictamine. En cuanto a lo que buscan tus hombres, lo hallarás enterrado bajo el altar.

El tribuno asintió ante las palabras del prisionero. Tomó su espada, se levantó y, aproximándose al sumo sacerdote, le hundió la hoja en el estómago hasta la empuñadura. El hombre gorgoteó y escupió sangre mientras sus ropas se

teñían de rojo en torno al metal hundido en su abdomen. Pero no emitió otro sonido o grito hasta que, finalmente, se desplomó muerto.

Con el fallecimiento de aquellos hombres, la lluvia comenzó a calmarse hasta acabar cesando por completo, como si los dioses hubieran quedado satisfechos por la sangre derramada. El tribuno no tardó en ordenar a sus hombres que excavaran bajo el altar del pequeño templo. Apenas a medio metro de profundidad encontraron dos tablas enterradas grabadas con símbolos desconocidos. Los legionarios supieron de inmediato que aquello era lo que buscaban y avisaron al tribuno, que ordenó llevarlas a su tienda. Eran reliquias del culto, en las que se recogían los misterios de su fe y su cosmología escritos en la lengua del ser al que adoraban. Pero el tribuno había aprendido a leerlas, forzando a un sacerdote que podía entender aquel idioma a que le enseñara. Durante dos días no salió de su tienda y apenas probó bocado mientras estudiaba las tablas. Cuando salió de su encierro su trabajo había terminado, el culto había sido exterminado, había dado fin a su Libro de los Silencios y se aseguraría personalmente de que las tablas fueran destruidas y sus restos arrojados al mar. Era el momento de regresar a Roma.

Aunque su llegada había sido celebrada con grandes festejos tras el éxito de su campaña de pacificación, no podía dejar de percibir una inextinguible inquietud en su ser. Las muestras de gratitud del pueblo le alegraban y sentía que su trabajo había sido para el bien de Roma. Pero no podía olvidar todo lo que había hecho y lo que había aprendido durante su persecución del Culto de las Tormentas.

Intentó advertir del peligro que suponían cultos como el que había erradicado en Hispania, pues tal vez aun existieran otros que no habían sido descubiertos. Pero los senadores y militares ignoraron sus recomendaciones y atribuían los aspectos más inverosímiles de sus relatos a la fatiga y el estrés.

Tras muchas decepciones y deseoso de no dañar más su ya mermada credibilidad y reputación, dejó de repetir infructuosamente la historia del Culto de la Tormenta y guardó en un arcón el manuscrito. Aquel que leyera el Libro de los Silencios rechazaría su contenido como las fantasías de un loco, negando lo que en él se revelaba. Si, por azar, el lector no erigía en su mente las barreras de la negación y aceptaba como cierto lo que el *Liber Silentii* recogía, había abierto su mente a las verdades que describen el mundo más allá de los engaños de la razón y la fe.

Era esto lo que tanto atormentaba a Lucio Cayo Licinio, pues él había visto y creía. Sabía que todo cuando estaba escrito en el libro era total y absolutamente cierto.

Durante una noche de tormenta finalmente se materializaron sus temores. Durante el sueño le habló una voz oscura y antigua, portadora del Saber y la Locura y esto fue lo que le reveló: *“Lucio Cayo Licinio, eres un hombre excepcional. Te has convertido en mi profeta pese a la resistencia que muestras ante mis enseñanzas y las verdades que te han sido reveladas. Conoces el dogma que entrego a aquellos que me rinden culto, pero a ti te puedo entregar mucho más. No puedes rechazarme, pues en lo más recóndito de tu mente ansías liberarte de las ataduras terrenales y explorar los insondables eones del tiempo y el conocimiento. Tu lealtad hacia Roma es loable, aunque sea dirigida hacia algo efímero ya que, su presencia física es finita y efímera. Yo te ofrezco mucho más, un saber que supera el conocimiento humano, una longevidad eterna y honores y rango que tu querida Roma no podría igualar. Únete a mí, sé mi Profeta de Profetas. Soy Pkaurodlos, soy el Guardián de la Oscura Tormenta, y no te exijo que te postres ante mí, sino que me aceptes y sigas la senda que yo te mostraré.*

En otro tiempo las palabras de *Pkaurodlos* habrían caído en saco roto, enfrentadas al fuerte muro de la convicción y lealtad hacia Roma que poseía Lucio Cayo Licinio. Pero el tiempo que pasó en Hispania le había cambiado. La larga y dura investigación, la persecución y el asedio del Culto de las Tormentas le habían afectado. Todo lo que había tenido que hacer, los conocimientos que había adquirido, le habían obligado a replantearse su vida, sus convicciones, sus lealtades. Y el regreso a la Ciudad Eterna le hizo comenzar a cuestionar su lealtad. La Roma a la que servía, para la que había luchado, sólo esperaba de él que no interfiriera en el juego político de la capital. Ciertamente no tenía ese tipo de ambiciones, ni deseaba convertirse en un peón más de las intrigas palaciegas. Tan sólo quería ser escuchado al revelar lo que había descubierto, pero incluso eso se le había negado. Por ello, las palabras del dios resultaban tentadoras y prometedoras. Lo que le ofrecía bien podía resultar en la caída de Roma, pero su lealtad debilitada cada vez ponía menos inconvenientes para unirse a un nuevo señor. Aun así, sabía que seguir al Guardián de la Oscura Tormenta le llevaría a conocimientos y experiencias que nunca podría llegar a imaginar. Podría perder por completo su cordura, pero si aún resistía tras haber escrito el *Liber Silentii*, se arriesgaría.

Unas horas más tarde, aproximándose la noche a su final, un relámpago más fuerte que cualquier otro con los que la tormenta había iluminado la noche cayó en la casa de Lucio Cayo Licinio provocando una gran explosión. Tan sólo se halló un cráter y un rollo con su última voluntad:

Desde las eras perdidas en las que el hombre, la bestia y el dios caminaban juntos, existen seres olvidados e innominados que habitaron nuestro mundo. Los seres olvidados del crepúsculo y los Dioses Antiguos, aguardan, descansando en los oscuros rincones de la tierra, donde sólo el loco osa buscarles. Y con una paciencia milenaria, se preparan para su nuevo advenimiento sobre el mundo.

El tribuno desapareció sin dejar rastro. El *Liber Silentii* fue llevado a la biblioteca palatina donde fue olvidado, pero no destruido. Allí permaneció, esperando tiempos más adecuados para las enseñanzas de *Pkaurodlos*, cuando surgiera un nuevo Culto de las Tormentas. Mientras tanto, el Dios Antigo aguarda con paciencia infinita el momento de su regreso.